

A VALERIO

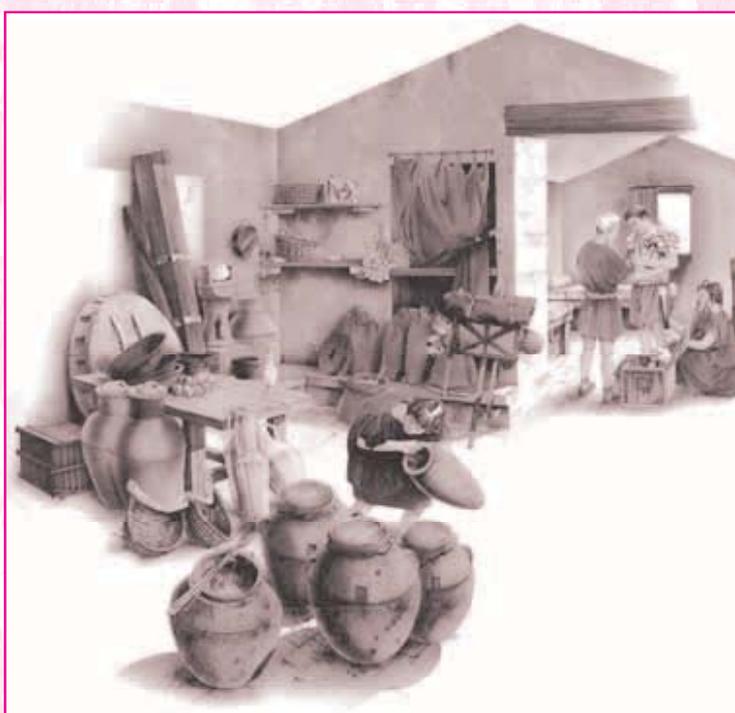
(Epístolas desde Oiasso)

Maite Ruiz de Azua

A Valerio

Hermano mío, encuentro que los días en estas tierras ya no son tan grises y pesarosos como los de mi llegada y mal que aún son muchas las jornadas de ininterrumpida lluvia, considero que bien me he ido adaptando a la tierra y casi he de decir que por momentos incluso me hallo cómodo en este lugar. Los vascones, principalmente los de este valle de Oiasso son gentes tranquilas, sociables, que poco tienen en común con el carácter belicoso de sus vecinos los várdulos, caristios o autrigones, con los cuales de Pompaelo a Flaviobriga, de Veleia a Lapurdum entablamos batalla en múltiples ocasiones, siendo muchos los muertos por ambas partes, antes de quedar sometidas las tribus. Son éstos, los vascones, gentes abiertas, lo cual me lleva a pensar en la influencia de vivir de cara al mar, que ha suavizado su forma de ser. Aunque se mostraron reacios a nuestra presencia, fue mínima la oposición que ofrecieron, pues su mente despierta para el trato y el comercio, y la ventaja que habían de obtener con el favor del pueblo romano, han sido acaso las claves para esta relación casi amistosa. Son ya varios los varones que se han incorporado a las cohortes imperiales, ya parecen más romanos que los mismos romanos y es de señalar la destreza que muestran principalmente como jinetes, con sus ágiles caballos, conocidos con el nombre de zieldos, de cómodo andar y buena alzada. Es mi deseo poder llevar alguno de estos ejemplares a nuestro fundo de Siena, como presente para nuestro padre. Ten salud.

Cayo Ponciano



A Valerio

Hermano mío, este paraje abrupto apenas da sino para pequeños cultivos familiares; vegetales, manzanas, avellanas, castañas, pan de bellota son la base de su alimentación, a lo que hay que añadir algo de ganado vacuno y ovino, y la pesca, la cual abunda en estas aguas, tanto de mar como de río. Has de saber que he aprendido algunas de las artes de pesca, y lo mismo paso el tiempo con la caña sacando piezas del río que discurre junto a nuestro campamento como echando la red más allá de la boca del puerto, a donde navego en una barquilla, en compañía de un vascón llamado Sendo, que es quien me ha mostrado estas labores. Extraña ocupación para un soldado intuyo que estarás pensando, mas he de decir que el curso de los días es tan pacífico, y son tantas las ocasiones de ocio, que actividades ajenas a la milicia mitigan la monotonía y el aburrimiento. La vigilancia y el orden del campamento apenas me ocupan parte de la jornada, pues hay muchos hombres y poco trabajo. Casi nadie se acerca hasta nuestro emplazamiento, si no son labradores para ofrecernos productos de la tierra, mensajeros desde el puerto de Oiasso o las pequeñas embarcaciones cargadas con mineral para enviar hacia Roma y que bajan por el río desde los montes de alrededor. Vienen de una mina adentrada en el valle y a la que los vascones denominan como Ardi Iturri (Fuente de las ovejas), en donde más de cien hombres se afanan en extraer la galena. Nuestra misión consiste en asegurar que el mineral quede cargado en las naos y proteger este desembarcadero. Son numerosos los barcos que he visto zarpar, pero puede que aún tarde algún tiempo en embarcarme yo. Ten salud.

Cayo Ponciano

A Valerio

Hermano mío, recibí con agrado las noticias de tu última carta, sobre todo en lo referente a la salud de nuestro padre, mis ruegos y ofrendas a los dioses lares para su pronta recuperación no han sido vanas. Hazle llegar mi respeto y el grande amor que le tengo. En estas tierras el invierno también ha sido muy crudo, muchos hombres han fallecido enfermos de los pulmones o víctimas de la fiebre, y muchos más hubieran muerto de no ser por los remedios de una vieja curandera a la que llaman Aztia, y que trajo al campamento mi buen amigo Sendo. Sus emplastos, hierbas y pócimas salvaron a gran cantidad de soldados, y yo mismo, pese a no caer enfermo de gravedad, me vi beneficiado de sus cuidados. Los vascones se han mostrado solícitos con nosotros, siguiendo las recomendaciones de Sendo, quien ejerce su autoridad sobre el grupo de vascones que vive en esta parte del valle, y si hemos hecho frente al invierno ha sido merced a sus vituallas, cuidados y al reposo que nos han dado. Es por ello que les estamos harto agradecidos y así se lo hizo saber el mismo prefecto Marco Sempronio en su visita a nuestro destacamento. Esta relación tan satisfactoria junto con la creciente actividad minera fueron decisivas para que el prefecto ordenase el traslado de nuestro campamento a un promontorio en una de las lenguas de tierra de esta bahía, Orereta lo llaman los nativos. En poco tiempo levantamos una ciudadela, gracias en buena parte a la facilidad para obtener material, abundante madera de roble de los bosques que rodean la zona, y mano de obra romana y vascona. Cada vez somos más los pobladores, y militares y civiles, romanos y vascones, empezamos a formar casi parte del mismo clan, acaso nosotros cada vez menos militares y ellos menos vascones. Mis hombres obedecen a Sendo de la misma manera que a mí, y yo siento que sus gentes me respetan como si una de sus autoridades se tratara. No place del todo esta confusión al prefecto, pero en tanto prosperen los intereses económicos y se mantenga la paz, es de creer que optará por sacar provecho de la misma, y que será para beneficio de Roma y para el nuestro propio. Ten salud.

Cayo Ponciano

A Valerio

Hermano mío, lamento mucho tus quejas por el silencio que he mostrado durante todo este largo tiempo. No era mi intención preocuparos, habéis de saber que me encuentro perfectamente de salud, y dichoso de estar donde estoy. Sobre mi regreso no puedo dar razón, me hago cargo de que son muchas las responsabilidades de nuestro fundo, pero también sé que eres bien capaz de tomar tú el gobierno del mismo y dar un descanso a nuestro padre, y que pese a no contar con la ayuda de tu hermano sabrás administrarlo con diligencia y buen juicio. Me llena de satisfacción saber que la cría de caballos zieldos que envié han sido tan exitosa y que los nobles de la ciudad de Roma se muestren tan interesados por ellos. Ten por seguro que no se arrepentirán de adquirir caballos de esa sangre, y lo digo por propia experiencia. Cabalgo diariamente, sin realizar grandes recorridos, pero sí con la intención de conocer palmo a palmo cada rincón de este valle. Es salvaje, pero hermoso, y a ti también te gustaría, estoy seguro. Los más de los días me acerco al principal puerto de Oiasso, a unas siete millas de aquí, a veces para mi propia distracción frecuento el anfiteatro o las termas, otras me aproximo al muelle por saber qué noticias llegan de otras partes del Imperio, y las más para reunirme con el prefecto Marco Sempronio, informarle sobre nuestro destacamento y discutir nuevos proyectos de mejora y aprovechamiento. Con tal motivo ya construimos un puente de piedra sillar sobre el arroyo de Lanterna, y a los costados del mismo colocamos argollas de hierro, para amarrar los galeones en este mismo lugar construidos. Creo recordar que en otra carta ya te comenté la riqueza de robles, bosques inmensos que llegan hasta la orilla misma de la ensenada y que propician la construcción de naves. Así, no hace mucho instalamos un astillero junto a este pequeño puente, y las gentes han acabado por conocer el lugar como Pontica. Es este puente lugar de paso obligado en la Vía marítima de Agrippa, que como bien sabes atraviesa toda la costa cántabra desde territorio astur, así desde Pontica inicia el último tramo, sube en línea recta una anchurosa calzada, entre árboles de enorme tamaño, casi al término del alto pasa junto la cabaña o borda de Sendo, y media milla más allá se alcanza a contemplar toda la bahía con sus entrantes y salientes, el valle de Oiasso con la barrera montañosa de Jaizquibel al frente y con el peñasal de las Tres Coronas al fondo, a cuyos pies se halla la mina de Ardi Iturri, y más hacia el lado de poniente se llega al oppidum de Easo, situado en un montículo enclavado entre arenales, y que con la subida de la marea queda aislado como si de un islote se tratara. Es cada vez mayor el tráfico marítimo comercial en esta parte de la costa cántabra, y se abren vías que comunican los puertos con el interior, el saltus vasconum entre otros, produce excelentes cosechas de cereales y vino y aceite, y resulta mucho más rápido su envío desde estos puertos que desde los de Tarraco. Por esta causa, la ciudadela de Orereta se muestra más animada que nunca, y crecen sus vecinos, y aumenta el número de mercaderes, gentes de diversos oficios, entre los que destacan los herreros y carpinteros, dedicados principalmente a la construcción naval, y son menos los soldados, y hasta yo me he sentido tentado de abandonar el orden militar y dedicarme tan solo a los negocios. El tiempo lo dirá, hermano. Ten salud.

Cayo Ponciano

